

Los años de la nostalgia (Prólogo)

Inevitablemente debo comenzar este prólogo por el final. En el último artículo que Paco Gil recoge en esta antología, titulado *La nostalgia de un encuentro imposible*, el autor hace referencia a una fotografía en la que aparecen Eduardo Saborido, Rafael Alberti, José Guzmán y yo. Y se pregunta también qué ocurrió ese día para no estar él allí, para anhelar por siempre aquella ausencia y aquel descuido. Tampoco yo recuerdo qué razón lo empujó a aquel olvido imperdonable que siempre se reprocha. Era de extrañar, por supuesto. Porque inevitablemente siempre andábamos juntos con Pepe Guzmán cerrando los bares nocturnos de Sevilla en unos amaneceres anticipados que nos sorprendían con café muy negro y aguardiente barato. Eran aquellos años en los que el periodismo aún conservaba algo de vida bohemia y horarios demasiado elásticos; eran los años en los que los ordenadores comenzaban a jubilar a las linotipias y los teletipos no anunciaban ni por asomo la velocidad insospechada en la que nos sumergiría Internet.

En aquellos años comenzamos a ser periodistas. Paco Gil dejaba a un lado la información deportiva para adentrarse en el mundo de los sucesos y de los juzgados. Vistos ahora con distancia esos días de ayer, no

se equivocó en absoluto, y todavía hoy sus lectores le agradecen su decisión incipiente. Durante muchos años escarbó en esos mundos bajos de la delincuencia y el delito. Desde luego, fueron muchas las primeras páginas que firmó desde entonces en *El Correo de Andalucía*, el diario para el que trabajó durante tantos años y que hace apenas uno abandonó para siempre con la ingrata satisfacción de dejar allí no sólo demasiadas horas de trabajo sino sobre todo parte de su vida.

Este libro que el lector tiene entre sus manos no es, obviamente, su primer libro. En uno primero abordó el mundo de la fotografía, cuyo título rezaba así: *El privilegio de la creación. Hipólito Gil Rodríguez, decorador, mecánico fotográfico e inventor*. En un segundo volumen recogió un reportaje seriado sobre el crimen de los Galindos publicado en su día en las páginas de *El Correo de Andalucía*. Ahora ha querido recopilar en esta obra algunos de aquellos textos que firmó con el epígrafe *Crónicas de la polución*. En el libro tienen cabida los amigos —Pepe Guzmán, Manolo Castillo, Miguel Ángel León, Paquiño Correal— y muchos otros periodistas con los que ha compartido muchas jornadas informativas. Tienen también cabida en estas páginas nombres conocidos como Peregil, Paco Gandía o la Anselma.

Estos artículos no pretenden secundar la objetividad con la que firmó tantas informaciones y reportajes, sino que, muy al contrario, pretenden acercarse de manera muy personal a la realidad que le ha tocado vivir, pero inevitablemente su estilo descriptivo de periodista que

con maestría maneja los géneros informativos se deja ver en los ojos con que mira el mapa triste de África o el viaje sin destino de las pateras que cruzan el Estrecho, o la turbación con la que recordamos y escribimos sobre la crueldad con la que se cometió el crimen de los Galindos, o el espectáculo esperpéntico y mediático que supuso el caso Arny. En estas páginas está el mar, las playas en septiembre, pero, sobre todo, está Sevilla con su calle Francos, su barrio de Triana, con sus cines de verano, el Corpus y su Semana Santa. Están la Sevilla de hoy y la de ayer. Y más que ninguna otra, la Sevilla que él recuerda y que ha vivido.

Paco Gil no quiere convencer sino describir. No quiere apostillar, sino exponer. Quiere mirar para que el lector vea con sus ojos. Quiere escribir para dejar constancia de que estuvo allí cuando el acontecimiento todavía no era noticia. En estas páginas, Paco Gil da fe de aquel tiempo en el que los periodistas pensábamos que podíamos contribuir a la felicidad del ser humano, que la vida, solamente con el apoyo colectivo, podía corregir su rumbo. Espero que tantos años transcurridos no le hayan hecho cambiar de opinión y que todavía apueste por denunciar en el papel o en la pantalla de televisión esos pequeños desajustes que hacen que la vida no sea el mismo sueño de entonces.

Otros periodistas, como él, han cambiado el medio impreso por el audiovisual. Entonces mandaba la prensa escrita. Ahora el lector ya no echa de menos el olor a tinta. Y esta sospecha prematura se acrecienta cuando abro estas páginas y leo en ellas aquellos textos que un día complementaban a las noticias del día. Y

me alegro de que ahora se hayan mudado de residencia, porque los nuevos lectores de hoy pueden encontrar aquí los días que se fueron sin retorno posible.

La lectura de estos artículos me ha devuelto una juventud olvidada, una profesión a la que dedicamos muchas horas, pero en la que también encontramos los únicos recodos posibles de la felicidad. Ahora que las facultades de Comunicación se multiplican por doquier y muchos jóvenes aspiran a escribir noticias de sucesos y columnas de ficción en los diarios, pueden descubrir en estos textos periodísticos otros nombres y otros días que aún permanecen vivos en las hemerotecas, esos museos donde se conservan aquellas horas que nos robaron sin compasión las empresas informativas y los diarios independientes.

Antonio López Hidalgo
Periodista y profesor en la Facultad
de Comunicación de Sevilla